

El magisterio cultural y educativo del Papa Francisco

Saludo a todas las personas que han hecho posible mi participación en este importante evento sobre el magisterio cultural y educativo del Papa Francisco. ¡Es una alegría estar con ustedes! Saludo al Rector, P. Luis Fernando Múnera, S.J., que nos recibe, al Arzobispo de Bogotá, su Eminencia Luis José Rueda Aparicio, al Señor Nuncio, Mons. Paolo Rudelli, a mis hermanos Obispos, a todas las autoridades, profesores y estudiantes de esta Pontificia Universidad. Para todos los presentes mi saludo más caluroso y fraterno.

Hablar del magisterio cultural y educativo del Papa Francisco es un desafío placentero. La reflexión de nuestro Pontífice sobre ambos temas ha sido varia, extensa y de una gran riqueza a lo largo de estos años. Desde que el cardenal Mario Bergoglio asumió la responsabilidad de la Iglesia Universal, en el dos mil trece, la cultura y la educación no han estado jamás ausentes en sus discursos, encuentros y escritos al Pueblo de Dios. Podemos decir que él representa hoy, a nivel mundial, una voz indispensable y una inspiración.

En estos minutos que me han concedido, trataré de elaborar solo una aproximación al magisterio cultural y educativo del Papa, subrayando la premisa de que no seré exhaustivo y de que muchos otros aspectos importantes permanecerán en el aire. Comenzaré, entonces, acercándome al mundo de la cultura. Luego, será ella, la misma cultura, la que nos llevará de la mano hacia la educación.

¿Qué es cultura?

En la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, con la cual Francisco inicia su pontificado, se nos ofrece una singular definición de cultura. Dice el Papa que: «se trata del estilo de vida que tiene una sociedad determinada, del modo propio que tienen sus miembros de relacionarse entre sí, con las demás criaturas y con Dios» (n.115). El Pontífice nos hace pensar, de inmediato, en la conexión que existe en la cultura y el modo de vivir. Esta es una definición muy acertada. Años más tarde, en la Carta Encíclica *Fratelli tutti*, el Papa nos aclarará que: «la palabra “cultura” indica algo que ha penetrado en el pueblo, en sus convicciones más entrañables y en su estilo de vida» (n. 216).

Esta última aclaración me parece oportuna e sugestiva. La cultura es ese “algo” que penetró profundamente en el modo de ser humanos. No son formas exteriores o ornamentales. Es “algo” que concede un plus al hombre y a la sociedad, sin el cual no puede expresar sus convicciones más íntimas. Retomando las enseñanzas de la Constitución pastoral *Gaudium et spes*, Francisco afirma que ese “algo” que representa la cultura afina y desarrolla las innumerables cualidades del hombre; hace más humana la vida social y las instituciones. Ese

“algo” comunica y conserva las grandes experiencias espirituales y aspiraciones del hombre (cf. n.53).

La cultura según el pensamiento del Papa Francisco es una contrucción abierta, acogedora, viva, amable, dinámica (cf. *Fratelli tutti*, nn. 146;148;158). Veamos, brevemente, cada una de estas características.

Una cultura abierta

Una de las imágenes gráficas que podría explicar el carácter abierto de la cultura, la encontramos cada vez que viene a nuestra mente el recuerdo de un ser querido con los brazos abiertos; o también, en aquellos brazos del padre que, desde lejos, ve regresar a su hijo menor, al hijo pródigo. Pues bien, entre las primeras insistencias del Papa Francisco, con respecto a la cultura, se destaca la cualidad de ser abierta, sea tanto en sentido geográfico como existencial. La cultura «sabe que abrirse es un deber de humanidad; deber de civilización» (cf. FRANCISCO, *Discurso en Marsella*, 22 de septiembre de 2023). Esto porque «la persona humana [...] está naturalmente abierta a los vínculos. En su propia raíz reside el llamado a trascenderse a sí misma en el encuentro con otros» (*Fratelli tutti*, n. 111). En palabras sencillas: la cultura no puede excluirse de pensar y representar el ser humano como un ser de relación.

De esa apertura de la cultura a todo lo es humano, nos da una útil definición el escritor Gabriel García Márquez, quien dice: «Se cree que la cultura son solo las bellas artes. No. La cultura es eso, pero es también la cocina, la moda, la educación, la ciencia, las religiones, el folclor, el medio ambiente, el modo de amar, en fin, todo lo que el ser humano agrega o quita [...] a la naturaleza».

Una cultura acogedora

Ahora bien, ¿podría existir una cultura abierta pero no acogedora? Esta pregunta la ha desarrollado Francisco en muchas de sus intervenciones, impulsándonos a tomar decisiones éticas, pues el Santo Padre coloca el dedo en la herida, cuando nos habla de la cultura del descarte que, infelizmente, hoy predomina. Me permito leerles la descripción que dio el Papa, en el dos mil trece: «Hoy todo entra dentro del juego de la competitividad y de la ley del más fuerte, donde el poderoso se come al más débil. Como consecuencia de esta situación, grandes masas de la población se ven excluidas y marginadas: sin trabajo, sin horizontes, sin salida. Se considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar. Hemos dado inicio a la cultura del “descarte” que, además, se promueve. [...] Los excluidos no son “explotados” sino desechos, “sobrantes”» (*Evangelii gaudium*, n. 53). Son crudas, pero muy reales, estas palabras del Pontífice.

Hace algún tiempo, leí el libro de un joven escritor colombiano, Andrés Felipe Solano. La revista, donde él trabajaba, le propuso mudarse por seis meses a Medellín, y allí sobrevivir con el salario de una empresa textil donde trabajaría, sin tener ningún otro recurso económico. Para hacerlo aún más complicado, la revista le exigió que ninguno de sus compañeros de trabajo debía sospechar de que fuese un “infiltrado”, sino más bien que debía pasar desapercibido.

Solano se buscó una residencia que no le quitara más de un tercio de su salario. Encontró una habitación sin puerta, en la casa de una familia, en un barrio donde las casas han sido construidas a medias, sin pintura, soportando las actividades del narcotráfico. Vivió lejos de la fábrica, teniendo que tomar tres transportes para llegar a las seis y cuarenta y cinco de la mañana. Trabajaba diez horas al día, en pie, con una pausa de quince minutos para comer. Aprendió a resignarse, a no poder complacer sus necesidades. En su mente, un continuo “no puedes”, “no puedes”, casi como un dolor repetitivo. De un día para otro, Solano se encontró ante la realidad de evaluar lo que le era indispensable, de elegir entre las hojillas de afeitar o una medicina para la gripe. Lo que este autor escribe es terrible, más aún debe ser vivirlo. “No tener dinero es como caminar desnudos o haber perdido la mamá cuando si es aun niño”, nos dijo. Esto es el contexto cultural de tantos nuestros contemporáneos.

¿Qué hace entonces que una cultura sea abierta y acogedora a la vez? La respuesta es clara: dignificar a la persona a través del reconocimiento de sus derechos inalienables. Y aquí estamos, o deberíamos estar todos, en el mismo barco. El Papa con su mirada universal, nos advierte que «cada ser humano está unido a un contexto social, en el cual sus derechos y deberes están conectados a los de los demás y al bien común de la sociedad misma» (*Discurso al Parlamento europeo*, 25 de noviembre de 2014).

Una cultura viva

Además de ser abierta y acogedora, la cultura es viva. Por llevar consigo una serie de valores, conocimientos y experiencias concede vida y la genera. Ella es portadora de una memoria que no hay que perder. Por su parte, el Papa Francisco nos ha insistido en la necesidad de cuidar y transmitir el bagaje cultural, sobre todo ahora que la globalización, la digitalización y la deshumanización están golpeando a la sociedad. El Pontífice, hablando a los jóvenes, los advertía del peligro que ellos mismos están experimentando. Les decía que la humanidad de hoy tiende a «*homogeneizar* a los jóvenes, a disolver las diferencias propias de su lugar de origen, a convertirlos en seres manipulables hechos en serie. Así se produce una destrucción cultural, que es tan grave como la desaparición de las especies animales y vegetales». Por ello, el Papa los invitaba a hacerse cargo de las raíces, porque de las raíces viene la fuerza que los va a hacer crecer, florecer y fructificar (cf. *Christus vivit*, n. 186).

La vida de la cultura se manifiesta, también, cuando el ser humano, a pesar de los años, aprende a conservar y a madurar aquellos valores que le ha transmitido la propia cultura. Es imprescindible hacer una síntesis entre lo personal, lo propio de cada cultura, y lo global.

Una cultura amable

He querido subrayar la amabilidad como característica de ese “algo” que la cultura produce porque, recientemente, el Santo Padre nos la ha dejado como tarea. Ocurrió exactamente el pasado 14 de junio, en la Audiencia que concedió a los artistas del mundo del humor. Allí, Papa Francisco, afirmó que para contrarrestar la cultura individualista y egoísta era necesaria la alegría, la amabilidad, el buen humor. Cito sus palabras:

«La risa también ayuda a romper las barreras sociales, a crear vínculos entre las personas. Nos permite expresar emociones y pensamientos, ayudando a construir una cultura compartida y a crear espacios de libertad. Ustedes [decía el Papa a los presentes] nos recuerdan que el *homo sapiens* es también *homo ludens*; que la diversión lúdica y la risa son fundamentales en la vida humana, para expresarnos, para aprender, para dar sentido a las situaciones».

En este mismo sentido, el Papa, en otra ocasión, ha hablado de la necesidad de ser amables con el otro, de reconocer que cada uno tiene su lugar en la sociedad y, por ende, un punto de vista que necesita ser tomado en cuenta a la hora de construir la sociedad. Dice el Pontífice que hace falta una cultura donde «todo el mundo pueda vivir con dignidad y que se pueda expresar pacíficamente sin ser insultado o condenado, o agredido, o descartado. Esa cultura del encuentro que todos tenemos que ir buscando, con la oración y la buena voluntad» (*Mensaje al pueblo argentino*, 30 de septiembre de 2016).

La cultura que promueve la amabilidad es aquella que, cuyo estilo de vida, no hiere ni con palabras, ni con gestos al otro, al prójimo, al diverso. «La amabilidad es una liberación de la crueldad que a veces penetra las relaciones humanas, de la ansiedad que no nos deja pensar en los demás, de la urgencia distraída que ignora que los otros también tienen derecho a ser felices. Hoy no suele haber ni tiempo ni energías disponibles para detenerse a tratar bien a los demás, a decir “permiso”, “perdón”, “gracias”» (*Fratelli tutti*, n. 224).

Una cultura dinámica

Si hay algo que distingue a cualquier cultura es la dinamicidad. Con todo, el dinamismo de la cultura podría ser visto como una virtud o como un defecto, así nos lo ha dicho el Papa. Por ejemplo, en *Fratelli tutti*, nos advirtió que «Al desaparecer el silencio y la escucha, convirtiendo todo en tecleos y mensajes rápidos y ansiosos, se pone en riesgo esta estructura básica de una sabia

comunicación humana. Se crea un nuevo estilo de vida [una cultura] donde uno construye lo que quiere tener delante, excluyendo todo aquello que no se pueda controlar o conocer superficial e instantáneamente. Esta dinámica, por su lógica intrínseca, impide la reflexión serena que podría llevarnos a una sabiduría común» (n. 49).

En cambio, la dinamicidad es positiva cuando los valores que son considerados necesarios para la sociedad, como fortaleza, sobriedad, laboriosidad, se realizan en un dinamismo de apertura y de unión hacia las otras personas. Ese dinamismo, en palabras de Papa Francisco, es la caridad. Dice: «En los dinamismos de la historia, a pesar de la diversidad de etnias, sociedades y culturas, vemos sembrada la vocación de formar una comunidad compuesta de hermanos que se acogen recíprocamente y se preocupan los unos de los otros» (*Ibid*, n. 96).

La cultura, entonces, necesita de un sano dinamismo que fomente esa visión poliédrica y que, a la vez, tenga interés social inclusivo. El Pontífice a esta actitud lo llama amor social. Dice: «El amor social es una «fuerza capaz de suscitar vías nuevas para afrontar los problemas del mundo de hoy y para renovar profundamente desde su interior las estructuras, organizaciones sociales y ordenamientos jurídicos» (*Ibid*, n. 183).

El secreto, si me lo permiten, está en tener conciencia de que vivimos en conexión, de que debemos sustituir la cultura de la hostilidad por la cultura de la hospitalidad y del encuentro. El secreto está en una cultura que promueva el exterior, y sobre todo el interior del ser humano; promueva la dimensión material, en armonía con la espiritual.

¿Y qué de la educación?

Llegados a este punto, muchos de ustedes se estarán preguntando cuándo comenzaré a hablar del magisterio educativo del Papa Francisco. Lo digo por qué reconozco que la aproximación al magisterio cultural ha ocupado buena parte de este discurso. Pues bien, les respondo inspirándome en las palabras del mismo Pontífice. En efecto, hay un hermoso párrafo en *Laudate Deum* que, a mi modo de ver, debería ser reflexionado, discutido y asumido por nosotros y por nuestras instituciones. Dijo el Papa: conviene, cito, «recordar que no hay cambios duraderos sin cambios culturales, sin una maduración en la forma de vida y en las convicciones de las sociedades, y no hay cambios culturales sin cambios en las personas» (n. 70).

Aquí, entonces, como les dije al inicio, la cultura nos está llevando de la mano hacia la educación. Esto porque para que la cultura mantenga los buenos estilos de vida y las formas integrales de relaciones sociales, necesita que, así

como va cambiando su entorno, se vayan produciendo los cambios en las personas, sin menospreciar los valores fundamentales. Cambios que, como sabemos, son humanos y espirituales. Esta última tarea, mis queridos hermanos, se logra a través de la educación formal o informal. Si las personas no reciben la adecuada educación el acceso a la ciencia y al conocimiento, a la formación permanente, la cultura perdería, poco a poco, ese “algo” bueno, sano y común que la anima, dirigiéndose irremediabilmente a la construcción de una cultura cerrada y autorreferencial.

Al respecto, escribió Francisco: «el anuncio a la cultura implica también un anuncio a las culturas profesionales, científicas y académicas. Se trata del encuentro entre la fe, la razón y las ciencias, que procura desarrollar un nuevo discurso de la credibilidad, una original apologética que ayude a crear las disposiciones para que el Evangelio sea escuchado por todos» (*Evangelii gaudium*, n. 132).

Les propongo, entonces, que nos imaginemos sentados en la cima de una montaña o frente a una llanura, mirando hacia el horizonte, y elaboremos [como Jesús a sus discípulos] nuestro sermón sobre el magisterio educativo del Papa Francisco.

Las bienaventuranzas educativas

Bienaventurada la *educación humana integral*. Aquella que enseña a pensar críticamente y que ofrece un camino de maduración en valores¹. Una educación para la fraternidad, para el diálogo, para el descubrimiento de la reciprocidad y el enriquecimiento mutuo².

Bienaventurada la *educación abierta*. Aquella que promueve las libertades responsables, permitiendo que sus hijos opten en las encrucijadas con sentido e inteligencia; educación abierta en la que las personas logren comprender que esa libertad es un don inmenso³.

Bienaventurada la *educación que acoge*. Aquella en la que sus profesores se desgastan para que los niños y jóvenes, o aquellos abandonados por todos, conozcan y vivan los valores, a pesar de los ambientes hostiles. Felices aquellos educadores que se entregan, de muchas otras maneras, en el empeño por mostrar el inmenso amor a la humanidad que nos ha inspirado el Dios hecho hombre⁴.

¹ Cf. *Evangelii gaudium*, n. 64.

² *Fratelli tutti*, n. 103.

³ Cf. *Amoris laetitia*, n. 262.

⁴ Cf. *Evangelii gaudium*, n. 76.

Bienaventurada la *educación que promueve el bien común y la justicia social*. Aquella que promociona la inclusión. Una inclusión que va hacia todos los excluidos: por la pobreza, por la vulnerabilidad debida a guerras, hambrunas y desastres naturales, por la desigualdad social, por las dificultades familiares y existenciales. Una inclusión que se concretiza en acciones educativas a favor de los refugiados, de las víctimas de la trata de seres humanos, de los migrantes, sin distinción alguna de sexo, religión o etnia⁵.

Bienaventurada la *educación viva*. Aquella que genera procesos, más que de dominar espacios. Aquella que sabe cuánto es importante confiar y arriesgar. Aquella que, en lugar de sembrar el miedo, opta por la preparación para enfrentar los desafíos⁶.

Bienaventurada la *educación que construye la verdadera ciudadanía cultural*. Aquella que cultiva sin desarraigar, hacer crecer sin debilitar la identidad, promueve sin invadir. Aquella que investiga potencialidades en la naturaleza, que podrían perderse para siempre, y potencialidades de las culturas, que tienen un mensaje todavía no escuchado y que hoy están amenazadas más que nunca⁷.

Bienaventurada la *educación capaz de sobrevivir a la agresividad con la gentileza*. Aquella que pone en práctica la importancia del verbo escuchar. Aquella que cultiva una sana curiosidad por el otro y que en lugar de levantar barreras y muros construye diálogo y puentes. Aquella que proclama la conciencia de que toda la comunidad los evangeliza y los educa. Aquella que reconoce la urgencia de que los jóvenes tengan un protagonismo mayor⁸.

Bienaventurada la *educación amable*. Aquella que promueve la integración cultural, económica y política, a través de un proceso educativo que promueva el valor del amor al vecino, primer ejercicio indispensable para lograr una sana integración universal⁹.

Bienaventurada la *educación dinámica*. Aquella que reconoce que los grandes cambios exigen un replanteamiento de nuestros modelos económicos, culturales y sociales, para recuperar el valor central de la persona humana¹⁰.

⁵ *Discurso a la Plenaria de la Congregación para la Educación Católica*, 20 de febrero de 2020.

⁶ Cf. *Amoris laetitiae*, n. 261.

⁷ Cf. *Querida Amazonia*, n. 28.

⁸ Cf. *Evangelii gaudium*, n. 106.

⁹ Cf. *Fratelli tutti*, n. 151.

¹⁰ *Discurso a la Universidad de Roma Tre*, 17 de febrero de 2017.

Las advertencias a la educación

Ay de la *educación exclusiva* que promueve el individualismo y el narcisismo que se olvida de los hermanos¹¹.

Ay de la *educación superficial e instantánea* que rechaza la memoria histórica, cerrando la única posibilidad de construir un futuro con sentido¹².

Ay de la *educación que descarta*. Aquella que fomenta la egolatría y que genera los conflictos, que acentúa las rupturas¹³.

Ay de la *educación estática, puramente defensiva*. Aquella que convierte la institución en un “búnker”, con la intención equivocada de proteger¹⁴, cuando los educadores son auténticos, se convierten en maestros de riego y de semilla.

Conclusión

Mis queridos hermanos, el magisterio del Papa Francisco nos desafía a celebrar un pacto cultural y educativo. Me alegro por el compromiso con el que América Latina vive este Pacto. Sé que con este espíritu sinodal y de alianza podemos enfrentar con esperanza los increíbles desafíos epocales y las transformaciones que estamos viviendo. Nuestras instituciones educativas católicas o de inspiración cristiana tienen aquí una gran misión: aportar a la evangelización de la cultura una creatividad para encontrar los caminos adecuados para esta nueva época de la historia¹⁵.

En la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, el Papa lanza un apelo fime: “¡No dejemos que nos roben la esperanza! (n. 86). Se trata de una exhortación a no perder el coraje ante las dificultades de esta estación histórica, por el contrario, es enfrentarla iluminados por aquella confianza que irradia la promesa cristiana. En lugar de globalizar el miedo y la incerteza, Francisco nos incita a “globalizar la esperanza”. Que sea, entonces, esa nuestra actitud en la cultura y en la educación.

Muchas gracias.

*Cardenal José Tolentino de Mendonça, prefecto del Dicasterio para la Cultura y la Educación.
Agosto 15, 2024*

Conferencia principal del Seminario Internacional sobre el Magisterio Cultural y Educativo del papa Francisco: conceptos y praxis del Pacto Educativo Global – Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Agosto 15, 2024

¹¹ *Amoris laetitia*, n. 56.

¹² *Amoris laetitia*, n. 193.

¹³ *Discurso a la Plenaria de la Congregación para la Educación Católica*, 20 de febrero de 2020.

¹⁴ *Christus vivit*, n. 221.

¹⁵ Cf. *Evangelii gaudium*, n. 134.